

“X Jornadas de Sociología de la UNLP”

La Izquierda Nacional en busca del sujeto de la Historia. Nación y masas populares en la obra de Enrique Rivera y Jorge Abelardo Ramos

Autor: Emanuel Correa (FaHCE – UNLP/CISH–IdIHCS–UNLP).
e-mail: emanuel_correa1982yahoo.com.ar

En este trabajo exploraremos el proceso de conformación del discurso historiográfico de la Izquierda Nacional (IN). Durante el gobierno de Juan D. Perón (1946-1955) y los primeros años posteriores a su derrocamiento, esta corriente fue sistematizando los postulados que le otorgarían una fisonomía definida en el universo político-intelectual argentino. Entre ellos, la revisión del pasado nacional ocupó un lugar central, siendo -junto con su “apoyo crítico” al peronismo y sus duras diatribas contra las “izquierdas cipayas” que lo combatían- uno de los tres pilares sobre los cuales articuló su discurso. Si bien consideramos que esa articulación discursiva fue resultado de una lenta elaboración colectiva, en la cual intervinieron militantes e intelectuales de distintas extracciones y trayectorias previas (v. Fiebelkorn y Correa, 2018), en esta oportunidad nos ceñiremos a la producción de dos de los ensayistas más destacados de este período “formativo” de la IN: Jorge Abelardo Ramos, quien llegaría a ser el dirigente más reconocido de esta tendencia, y Enrique Rivera, referente del grupo Frente Obrero. (Este pequeño agrupamiento tomaba su nombre de la publicación homónima, que hacía gala de haber caracterizado al peronismo como un fenómeno progresivo en la lucha por la liberación nacional desde el mismísimo 17 de Octubre –a diferencia de Ramos, quien, como se preocuparon por destacar Rivera y los suyos, adoptó esa caracterización con posterioridad).

Ramos y Rivera se habían iniciado juntos en la actividad política, militando en una agrupación juvenil anarquista a fines de los 30, para abrazar luego la causa trotskista bajo el liderazgo de Liborio Justo. Por aquellos años, los trotskistas argentinos se enfrentaban en un duro debate sobre el carácter de la revolución socialista en Argentina, dividiendo aguas entre los partidarios de la *liberación nacional* como fase necesaria del proceso revolucionario (tesis de Justo) y quienes postulaban el carácter *puramente socialista* del mismo (posición de Antonio Gallo). En relación con esta polémica se darían en buena medida los diferentes posicionamientos en el trotskismo respecto del fenómeno peronista.

La irrupción del peronismo encuentra a nuestros protagonistas militando por primera vez en espacios diferentes. Ramos orienta el periódico *Octubre* y Rivera colabora en la redacción del mencionado *Frente Obrero*. Aunque Ramos tardaría algún tiempo en adoptar una visión favorable al peronismo, ambas publicaciones defendían la tesis de la *liberación nacional*, a la cual pusieron definitivamente en el centro de las tareas revolucionarias para la Argentina.

Durante todo el periodo peronista, las relaciones entre la fracción de Ramos y el grupo Frente Obrero fueron fluctuantes. La afinidad en sus postulados fundamentales y la debilidad organizativa de ambos los impulsaron recurrentemente a aunar esfuerzos; pero la desconfianza mutua y las disputas por el liderazgo llevaron una y otra vez al fracaso de esas iniciativas, culminando en una abierta ruptura a mediados de 1955. A la postre, ambos grupos reclamarían para sí el título de “precursores” y la autoría de las tesis políticas e historiográficas de la IN (Galasso, 1983, 2007; Ribadero, 2017).

Esta breve reseña es útil para reponer el contexto de elaboración de las fuentes que analizaremos, ya que la producción historiográfica de Ramos y Rivera fue objeto y a la vez reflejo de aquellas disputas. Pero antes veamos brevemente qué motivó el marcado interés de estos intelectuales trotskistas por bucear en las profundidades de la historia argentina.

El férreo internacionalismo de las primeras formaciones trotskistas argentinas las había conducido a prestar escaso interés a la historia nacional. El énfasis puesto en un proletariado industrial de muy reciente formación como el sujeto excluyente de la revolución socialista, invitaba a relegar en el análisis la consideración de un pasado premoderno, cuya superación era pensada como condición necesaria para el desarrollo capitalista y la posterior transición al socialismo. El conjunto de las clases oprimidas, desde la pequeña burguesía urbana hasta el campesinado y los indígenas, eran evocadas en tanto *aliadas* de la clase obrera y llamadas a actuar bajo su dirección. Este programa partía de una lectura de la estructura de clases presente e implicaba una apuesta a futuro, pero no necesitaba, prima facie, entroncar esa *misión* del proletariado y sus aliados en una tradición previa de lucha nacional.

Sin embargo, ciertas elaboraciones del fundador de la IV Internacional habilitaron nuevas lecturas por parte de algunos trotskistas latinoamericanos. Por un lado, la nueva internacional había incorporado en su programa la consigna de Estados Unidos Socialistas de América Latina. Esa proclama, probablemente, revistiera un carácter puramente propagandístico, pero ello no obstó para que algunos trotskistas buscaran dotarla de mayor profundidad. Para ello acudirían a

la historia, enlazándola con una larga tradición de lucha por la unidad latinoamericana, iniciada en el momento mismo de las guerras de independencia. Por otra parte, la mencionada tesis de la liberación nacional como primera fase del proceso revolucionario en los países oprimidos cobraba nuevo impulso a raíz de algunas declaraciones de Trotsky durante su exilio mexicano. Allí, a la luz de la experiencia cardenista, éste había dejado algunas definiciones respecto de los gobiernos de países semicoloniales que, acosados por la presión del imperialismo, tomaban medidas *progresivas*, de *autodefensa nacional*, apoyándose en el proletariado, dando lugar a regímenes *bonapartistas sui generis* (Trotsky, 1961).

Estas definiciones del viejo líder fueron traducidas por algunos de sus seguidores como una “autorización” a sumar sus fuerzas a la amplia alianza policlasista propuesta por el peronismo, al que se caracterizó como expresión de una *revolución nacional* que llevaría adelante -no sin vacilaciones e inconsecuencias- algunas tareas relativas a la liberación nacional. Esta interpretación la que condujo a las fracciones de Rivera y Ramos a fundamentar su “apoyo crítico” al peronismo y, a su vez, a buscar en el pasado las raíces nacionales de la lucha del proletariado argentino, al que se siguió invocando como el factor decisivo para trascender las limitaciones del *nacionalismo burgués* peronista en la perspectiva de la liberación nacional y el socialismo. Así fue como estas corrientes pusieron al debate historiográfico en el centro de sus elaboraciones, intervenciones públicas y polémicas internas.

¿Cómo podían estos intelectuales militantes trazar una línea de continuidad entre las viejas epopeyas y los nuevos desafíos? ¿En qué sujeto histórico había encarnado, a lo largo de un siglo y medio, esa lucha por la emancipación y la unidad continental que ahora cobraba nuevos bríos en cabeza de la clase obrera peronista? El proletariado era, a todas luces, una fuerza demasiado “joven”, surgida al cabo de la inserción subordinada de la Argentina en la economía capitalista mundial. Más aún, cuando la Izquierda Nacional termine de articular su discurso histórico, el movimiento obrero surgido del aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX, orientado por el anarquismo y el Partido Socialista, tenderá a ser considerado un elemento exótico y cosmopolita, formado de espaldas a las luchas más genuinas del pueblo argentino (Belloni, 1960).

Para esa IN ya madura, la clase obrera que había irrumpido el 17 de Octubre reconocerá otro antecedente: su génesis será vinculada con las guerras gauchas, las montoneras federales o la *chusma* yrigoyenista; es decir, con unas *masas populares* sumamente heterogéneas y de compleja delimitación, pero que, con toda claridad, hundían sus raíces en suelo americano. El

componente *criollo* y la procedencia del interior serán los rasgos característicos de esas *masas* consideradas como el puntal de un proyecto de nación industrial y autónoma, opuesto al de país semicolonial y pastoril impulsado por la oligarquía porteña y el imperialismo. Este juego de pares dicotómicos profundamente imbricados entre sí -Buenos Aires/Interior; nación/antinación; masas populares/oligarquía-, será el eje ordenador de la narrativa histórica de la IN.

En las siguientes páginas veremos cómo la IN fue configurando, durante los años de su conformación como corriente político-historiográfica, este relato de la historia argentina. Lo haremos a través de cuatro escritos fundamentales de los autores mencionados: *América Latina: un país* (Ramos, 1949); *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (Rivera, 2007[1954]); *Cuadernos de Indoamérica* (Rivera, 1955) y *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina* (Ramos, 1957). Luego de observar panorámicamente los postulados generales de cada obra, nos detendremos en un aspecto particular: cómo pensaron Ramos y Rivera a aquellas *masas populares*: su composición étnica, las causales de su intervención política, sus canales de expresión, su autonomía o heteronomía respecto de las elites y su continuidad y mutaciones a lo largo de la historia argentina, desde las guerras independentistas hasta el 17 de Octubre.

Una panteón para la IN: La línea divisoria (y a quién colocar de cada lado)

Como ha señalado Omar Acha (2009: 227) el relato historiográfico de la IN, más allá de reclamar su inscripción en la tradición marxista y de su evocación de las *masas*, se presenta en buena medida como una historia ideológico-política de las élites, por cuanto uno de sus focos de interés fundamental sigue radicando en el análisis de las “grandes personalidades”: conforme aquella lectura binaria, se traza una línea divisoria entre personajes que expresan fuerzas nacionales o anti-nacionales, populares u oligárquicas. En este sentido, uno de los ejes de la producción historiográfica que nos ocupa fue la construcción de un nuevo “panteón” de próceres, que reemplazase tanto al de la “Historia Oficial” liberal fundada por Mitre, como al postulado por el “Revisionismo Histórico” rosista, de cuño antiliberal, hispanista y católico.

Analizados desde este punto de vista, más allá de compartir la matriz de análisis y coincidir en puntos importantes como el denuesto al proyecto rivadaviano y al mitrista o la reivindicación de los caudillos del interior, el yrigoyenismo y el peronismo, los matices entre las cuatro publicaciones son notorios. Mencionaremos algunos a modo de ejemplo.

En *América Latina, un país*, Ramos caracteriza a la Revolución de Mayo como un golpe de Estado de la élite porteña, pro-británico, impulsor del librecambio y causante de las guerras

civiles argentinas; reivindica a Saavedra y al Deán Funes como defensores de los pueblos del interior, en detrimento de un liberal y centralista Moreno; atribuye al liberalismo un carácter progresivo en Europa, pero reaccionario en América Latina; pondera a Rosas por su política proclive al desarrollo de un capitalismo independiente e identifica a Caseros como la derrota de ese proyecto de autonomía nacional. Por otra parte, caracteriza a Roca y Juárez Celman como representantes de la oligarquía terrateniente y continuadores del régimen semicolonial establecido por Mitre (Ramos, 1949).

En *José Hernández y la Guerra del Paraguay*, aunque sin polemizar abiertamente con Ramos –con quien estaba nuevamente unido en un proyecto político y editorial en común-, Rivera propone una visión alternativa en todos esos puntos: Mayo es presentado como una revolución democrático-burguesa truncada por la insuficiencia de sus bases materiales y el liberalismo político como una fuerza progresiva, motor del impulso revolucionario; Moreno como su mayor exponente y Saavedra como representante de la facción conservadora que lo desplazó; el rosismo como expresión política de la oligarquía bonaerense, al igual que el unitarismo; Pavón -y no Caseros- como hito que marca el ascenso de la oligarquía porteña y la derrota de las fuerzas nacionales; Roca como representante de una línea nacional-democrática opuesta al mitrismo porteño, en tanto impulsor de la federalización de la ciudad de Buenos Aires en beneficio de las provincias del interior (Rivera, 2007).

En los *Cuadernos de Indoamérica*, editados a mimeógrafo cuando la ruptura de Frente Obrero con Ramos es irreversible, Rivera mantiene todas esas caracterizaciones y hace explícita la polémica con *América Latina: un país*, ahondando exhaustivamente en dos puntos: la interpretación de la Revolución de Mayo y del régimen de Rosas. La acusación a Ramos es categórica: su obra expresa una deformación nacionalista y una apología del rosismo, a fin de congraciarse con el elemento nacionalista-clerical; de ahí su condena al liberalismo de Mayo y su exaltación de figuras como el Deán Funes y, en especial, del *Restaurador* (Rivera, 1955).

Finalmente, en 1957 Ramos publica *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, donde reformula varios de los postulados de *América Latina: un país*, recogiendo en muchos casos (aunque sin mención alguna) las críticas de Rivera. Esto le será reclamado en más de una ocasión por los militantes de Frente Obrero, quienes acusarán a Ramos de haber adoptado sus tesis sin reconocer ese aporte (Galasso, 2007: 292-295). Más allá de esta polémica, podemos decir que *Revolución y Contrarrevolución* actúa como “síntesis” de las obras y controversias previas,

sentando las bases de una perspectiva historiográfica que se asentará en los años sucesivos, manteniéndose, en sus trazos generales, hasta nuestros días (v. Galasso, 2010).

Allí se estabilizan las interpretaciones en torno de qué personajes históricos adscriben a cada uno de los proyectos en pugna. Moreno, Belgrano y San Martín, Artigas, López y Ramírez, Dorrego y Facundo, Urquiza y Alberdi, el Chacho y Felipe Varela, José Hernández, Roca y la Generación del 80, Yrigoyen y Perón, son reivindicados, con mayor o menor énfasis, como protagonistas del proyecto *nacional* (en el estricto sentido que esta corriente otorga al término, como sinónimo de defensa de la soberanía y búsqueda de un desarrollo autónomo), enfrentado a los sucesivos planes de entrega de la oligarquía, tendientes a consolidar la posición de la Argentina como semicolonias del imperialismo. Este último proyecto es identificado más claramente con fracciones de clase -la burguesía comercial porteña, los ganaderos bonaerenses- y se expresa en personajes como Rivadavia, Mitre y Sarmiento, y fuerzas como el partido Conservador del cambio de siglo, el radicalismo alvearizado, la Concordancia justista y la Unión Democrática (incluidos los partidos Socialista y Comunista). Incluso, el relato habilita momentos en que determinados personajes “cruzan la línea divisoria”, sellando, ya sea una parcial “redención”, o bien una claudicación.

Aunque el carácter dicotómico de esta narrativa haga casi imposible prestar atención a uno de sus términos sin referir al otro, en los siguientes apartados buscaremos enfocarnos en el polo “positivo” de la ecuación, en los fundamentos del proyecto *nacional*: ¿Cómo unir en una misma narrativa, en un relato coherente, a Moreno con Roca, a San Martín con las montoneras y a éstas con los “cabecitas negras” del 17 de Octubre? A lo largo del siguiente apartado buscaremos hallar, en los cuatro escritos referidos, esas líneas de continuidad que darán coherencia y lógica interna al discurso histórico de la IN, avanzando así en la comprensión de su proceso de articulación. Como ya conocemos el final del recorrido, que identificará a las *masas populares* como el sujeto histórico determinante, veremos especialmente cómo se concibe a este actor en cada una de las obras y la centralidad que se le reconoce en cada caso.

De los márgenes al centro: Las *masas populares* en la narrativa histórica de la IN

La edición original de *América Latina: un país* se abre con una ilustración a página completa. “El último montonero”, de Osvaldo Gasparini, representa a un gaucho montando a caballo portando una lanza de tacuara. Aunque la ilustración parece representar a un gaucho-

montonero anónimo, no es casual que, al interior de la obra, Ramos utilice la misma figura –“*el último montonero*”- para referirse al Chacho Peñaloza (Ramos, 1949: 4, 110).

Como señala Ezequiel Adamovsky (2017), la representación de Gasparini responde a los cánones de la literatura popular criollista inaugurada con *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández y *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez. En muchas de esas obras, la figura del gaucho y la del montonero federal eran asimiladas hasta hacerlas prácticamente indistintas. Ambos eran presentados como víctimas de un Estado que los perseguía injustamente, buscando erradicar su modo de vida tradicional en pos de imponer un proyecto cuyo carácter “civilizatorio” era puesto en entredicho. Esta literatura e iconografía, que circulaba profusamente desde fines del siglo XIX, abrió una brecha para la reivindicación de figuras denostadas por la “Historia Oficial” emanada desde el Estado, mucho antes de la irrupción del “Revisionismo Histórico” rosista. A diferencia de éste, el criollismo popular rescataba a los caudillos del interior y sus huestes federales, con especial énfasis en la figura del Chacho, vindicado por los propios Hernández y Gutiérrez. En base a estos elementos, Adamovsky plantea como hipótesis la presencia de un “*revisionismo popular*” surgido de una *doble circulación* entre las memorias populares -transmitidas oralmente o mediadas por los autores criollistas- y la producción de distintos historiadores revisionistas, entre ellos el propio Ramos.

La ilustración de Gasparini y la reivindicación de Peñaloza y otros caudillos del interior, así como la exaltación de la figura de Hernández en su doble carácter de militante del federalismo provinciano y escritor de *Martín Fierro* y *Vida del Chacho* parecerían, efectivamente, colocar a *América Latina: un país* en la línea historiográfica referida por Adamovsky. Sin embargo, a pesar de esos elementos, sostendremos que la presencia de las *masas populares* y la apelación criollista en *América Latina: un país* es esporádica y poco sistemática. Lejos está de ocupar el lugar central de la narrativa propuesta por Ramos. Así queda evidenciado en el prólogo -que en toda obra preanuncia sus postulados centrales-, donde podemos hallar sólo una referencia que dista mucho del tono épico que el mismo Ramos, como veremos oportunamente, empleará años después:

“El primer producto importado por la civilización sajona al mercado chino fué el opio. En América Latina los intelectuales y militares sorprendentemente ‘democráticos’ (...) introdujeron el estupefaciente del liberalismo (...) y aherrojaron a las masas de esclavos, gauchos, campesinos e indios. Esas masas desarrollaban lentamente bajo el putrefacto régimen español, las industrias regionales, suprimidas violentamente por la invasión comercial británica y los fusiles de sus agentes nativos.” (Ramos, 1949: 9)

Esta visión es coherente, por ejemplo, con la caracterización de la Revolución de Mayo como un golpe orquestado por la aristocracia porteña, a espaldas y en contra de las masas, con el fin de instaurar el librecomercio en función de sus intereses comerciales ligados a Inglaterra:

“Doscientos cincuenta personas ‘de pro’ dieron en Buenos Aires un golpe de estado. (...) Su naturaleza social se desprende de las clases participantes: la aristocracia criolla (...) y su punta de lanza, los intelectuales y militares sin carrera bajo el yugo ibérico. Las grandes masas explotadas permanecieron fuera de la conspiración. Fue, en realidad, un motín del despotismo ilustrado criollo” (:67).

El triunfo de la “civilización” sobre la “barbarie”, las masas *aherrojadas* y totalmente al margen del acontecimiento fundacional de la historia argentina, son imágenes que no parecen dejar la impresión de un sujeto histórico que pueda encarar las tareas de la liberación nacional y la unidad continental postuladas por Ramos. De hecho, el prólogo se cierra con una apelación a la clase social que, a su juicio, ha levantado esas banderas arriadas a comienzos del siglo XIX:

“La unificación política de América Latina, dejada en pie por Bolívar, ha sido puesta hoy en el juego de la historia por una nueva clase(...): la burguesía industrial latinoamericana y sobre todo argentina. Este libro estudia su ascenso, sus conquistas, su frustración” (:10)

La cita habla a las claras del contexto en que el libro vio la luz: el momento de mayor pujanza de la economía peronista, previo a la primera crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, pudo haber llevado Ramos a formular este aventurado pronóstico. Pero si esa hipérbole es exclusiva de *América Latina: un país*, la búsqueda de los gérmenes de una industria nacional en las manufacturas artesanales del interior heredadas de la economía colonial, será un elemento común a los cuatro escritos que analizamos, e incluso a toda la producción posterior de la IN. En el texto que nos ocupa, esta perspectiva está muy acentuada, caracterizando al conflicto entre librecomercio y proteccionismo como el eje excluyente del que enfrentara a Buenos Aires con el Interior, a la ciudad con la campaña, a unitarios con federales:

“El interior se protegió automáticamente con sus aduanas mediterráneas en el orden económico y con las lanzas de sus caudillos en el plano político. (...). La lucha entre la cultura urbana y la barbarie rural fué una ficción. En realidad, la ciudad (Buenos Aires), representaba el canje de los productos ganaderos por artículos industriales ingleses; vale decir, el comienzo de una economía colonial basada en materias primas (...). La campaña (provincias del interior), significaba el desarrollo de las industrias artesanales hacia formas técnicas superiores y el necesario y progresivo ensanche del mercado interno. Esto último implicaba un desarrollo capitalista independiente, la integración relativa de una ‘nación’ y su efectiva soberanía política.” (Ramos, 1949: 84-86)

Es en defensa de ese sistema -¿protoindustrial?- basado en las manufacturas artesanales que se habrían levantado las masas del interior, lideradas por los caudillos, bajo la bandera federal. Veamos ahora cómo describe Ramos la composición de esas masas:

“En el curso de esta lucha se habían alzado, haciendo temblar sus lanzas sobre las deliberaciones doctorales, las masas de la campaña. El ejército plebeyo de los caudillos se nutría de diferentes sectores

sociales. Los gauchos de las pampas ganaderas y los peones rurales, los artesanos de las manufacturas, los campesinos pobres, los trabajadores de tropillas de transporte del interior.” (Ramos, 1949: 74)

Otro punto distintivo de *América Latina: un país* es la reivindicación de Rosas como artífice de una “*evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente*” (:105), elevándose “*por encima de su clase de origen [los ganaderos y saladeristas bonaerenses] para abarcar el conjunto del problema nacional*”(89). Esa reivindicación se da no sólo en detrimento de la oposición unitaria, sino también de los caudillos *feudales* del interior.

“El caudillo Rosas al frente de sus orilleros, negros y gauchos (...) representó, incomparablemente más que los unitarios afrancesados (...) una política ‘democrática’” (:104). “La dictadura de Rosas unificó de hecho las provincias del Río de la Plata, ahogando las antiguas tentativas aislacionistas de los caudillos. (...) inaugura el período de la formación nacional a través de los feudos de los caudillos.” (: 102)

El valor histórico de Rosas, en resumen, radica para Ramos en su carácter de líder popular, pero más aún en su rol de artífice de la unidad nacional en pos de un desarrollo capitalista endógeno. En consecuencia, su derrota en Caseros es presentada como el inicio de un largo ciclo de subordinación al capital europeo y afianzamiento de la clase terrateniente y comercial porteña (: 104,105), el cual recién comenzará a revertirse hacia el cambio de siglo, con el ascenso del radicalismo y, en particular, de la figura de Yrigoyen:

“El verdadero jefe del radicalismo será Yrigoyen (...), el nieto de mazorqueros. (...) Yrigoyen continúa la línea popular de Rosas, aunque apoyado en una base social cada vez más precisa. Es el primer político nacional de la nueva edad. (...) De las nuevas clases levantadas por el desarrollo económico (...) extraería toda su fuerza y significación” (:140). “Con su gobierno comienza a manifestarse, confusamente aún, la presencia de una política burguesa nacional, cuyo respaldo (...) provenía de la pequeña burguesía y de grandes sectores del proletariado” (:145)

Aquí Ramos esboza un argumento que en su obra del '57 veremos virtualmente omnipresente: la búsqueda de lazos (históricos, genealógicos, incluso sanguíneos) entre los sucesivos emergentes del proyecto *nacional*, o bien entre éstos y las masas que representan. En este caso, se destaca que Yrigoyen es *nieto de mazorqueros* y en ese carácter retoma la *línea popular* de Rosas. Sin embargo, una vez más, las masas –incluso el incipiente proletariado– aparecen actuando *en respaldo* de una *política burguesa nacional* y no en función de sus propios intereses. Aun cuando esos intereses pudieran ser concurrentes, la jerarquía en que son presentados coloca a las masas en una posición periférica, subordinada a la política yrigoyenista de “*ensanchar el mercado interno para la joven burguesía*” (: 148). Como se anunciara en el prólogo, el demiurgo de *América Latina: un país* es la burguesía nacional. También lo será a la hora de crear las condiciones para la emergencia del peronismo:

“Diez años después de la muerte de Yrigoyen –el primer jefe de la burguesía argentina- una revolución militar restablecería su continuidad política, devolviendo el poder a su madurada clase y engendrando en sus filas un nuevo caudillo. El proceso visible comenzaría el 4 de junio de 1943.” (:163)

Dando un giro a la argumentación, Ramos sostiene que en el momento álgido del conflicto, sería la clase obrera la que rescatara de la reacción oligárquica a Perón y, con él, a una burguesía nacional aún no plenamente conciente del rol que estaba llamada a desempeñar. Recién en ese contexto, las “*chusmas*” –no casualmente- *obreras* logran colocarse en el centro de la escena e imponer *su propia decisión*, aunque la burguesía, por medio de Perón *limará hábilmente sus aristas*:

“Con la fuerza motriz del proletariado, el movimiento nacional alcanzó su manifestación más acusada. (...) Cuando fué detenido el coronel, la burguesía industrial no comprendía aún su verdadero rol. Se replegó sin lucha, implorando al cielo una buena solución aduanera. (...) En ese instante preciso el proletariado impuso su vigoroso sello a los barrios céntricos de la ciudad, transformando la situación bruscamente (...), derrotando a la coalición imperialista de un solo golpe. La burguesía nacional, por medio de Perón, fue a su zaga, limando hábilmente las aristas del movimiento (...). Las ‘chusmas’ obreras impusieron su propia decisión, inaugurando una nueva época en la política argentina” (:176-77).

Un aspecto que queda fuera del campo de análisis propuesto por Ramos en esta obra (y que será central en su concepción posterior) es la dimensión étnica de los conflictos que atraviesan la historia argentina. Esos conflictos aparecen fundados en razones políticas, sociales y, fundamentalmente, económicas: un proyecto industrial frente a uno pastoril; el proteccionismo frente al librecomercio; el federalismo del Interior frente al centralismo porteño. Queda claro que las *masas populares* obran como soporte –mas no artífices- de uno de esos proyectos. Pero cuando se describe la composición de esas masas, salvo en la mención de los *negros* que apoyaron a Rosas, se omiten las marcas étnicas, apelando a categorías ocupacionales –*peones*, *artesanos*, *campesinos* y luego *obreros*-, o bien a expresiones que denotan una posición de inferioridad en la jerarquía social y territorial –*chusmas*, *plebeyos*, *orilleros*.

En este marco, la figura del gaucho (: 75-78), es abordada desde su posición socioeconómica en el periodo tardocolonial y el impacto que sobre ella tuvo el conflicto desencadenado en 1810; pero su entidad y procedencia étnica no merecen ningún comentario ni abren interrogante alguno. Por último, un término sorprendentemente ausente para referir a las masas populares es *criollo*: en las pocas ocasiones en que la palabra es utilizada, lo es en un tono despectivo: “*aristocracia criolla*” o “*despotismo ilustrado criollo*” para referir a la élite porteña; “*Bonaparte criollo*” en una poco elogiosa referencia a Rosas. Como veremos, se trata de una connotación muy diferente a la que tendrá ese mismo término en la obra posterior de Ramos.

Lo que surge en definitiva, es la ausencia de una pregunta por el origen de las masas populares y, en última instancia, de la nación. La pregunta por sus raíces hispánicas, indígenas o negras, su tipo y grado de influencia en la formación nacional, la cuestión del mestizaje o el impacto del aporte europeo debido a la inmigración posterior, parecen exceder totalmente el campo de interés de Ramos en 1949. En cuanto a los pueblos indígenas que habitaban los territorios incorporados al Estado argentino con la *Conquista del desierto*, éstos son observados desde una posición de absoluta alteridad y superioridad. En el escueto pasaje que los tiene por objeto, se los describe en estos términos:

“Desde el río Salado hasta el Cabo de Hornos se extendía un inmenso territorio, poblado únicamente por unos pocos ‘infieles’: 20.000 indígenas en total. Se encontraban en los estadios medios del salvajismo, como tribus nómades. No ejercían la agricultura; vivían ‘a lo gaucho’, en plena posesión de la pampa. Cimarrones de la civilización, pareciera lógico que su ocupación principal fuera cazar ganado cimarrón, alzado de las estancias fronterizas. Lejos de intentar su asimilación hacia formas superiores de vida, la aristocracia terrateniente usó su propia pedagogía; apeló al ejército de línea.” (:132-133).

Como vemos, aún desde una postura condenatoria hacia la solución militar adoptada por los terratenientes y el Estado, la visión de Ramos respecto de la “cuestión indígena” está fuertemente aferrada al paradigma evolucionista basado en la tríada ascendente *salvajismo-barbarie-civilización* para pensar el devenir de las sociedades humanas. Este modelo, heredado del siglo XIX, siguió impregnando fuertemente al marxismo en la primera mitad del siguiente. En uno de los capítulos introductorios, referido a la conquista y colonización de América, el autor explicita ese marco de análisis, tomado de Engels “*de acuerdo a la clasificación realizada por Morgan acerca de los períodos históricos*” (:30-34). Más adelante veremos cómo los escritos posteriores de Rivera y Ramos permanecen ligados a este paradigma y las consecuencias que esa adscripción teórica tiene sobre los postulados historiográficos de la IN.

América Latina: un país, como hemos mencionado, merece dos réplicas por parte de Enrique Rivera. En *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (2007[1954]) la polémica es elíptica, por cuanto los antiguos camaradas se hallaban nuevamente embarcados en un proyecto político y editorial en común. La temática y el personaje elegidos anuncian los objetivos de la obra: reivindicación de Hernández –y con él, del federalismo provinciano enfrentado al mitrismo- y denuncia de la Guerra del Paraguay como punto culminante de la ofensiva porteña contra el interior argentino y sus aliados en los países vecinos. Cuando el acuerdo con Ramos se rompe en los peores términos, la crítica de Rivera se torna cáustica y explícita, con la publicación de *Cuadernos de Indoamérica* (1955). Esta diferencia en el tono de las

publicaciones no es relevante para nuestra indagación, por lo cual podemos analizarlas de conjunto.

Los escritos de Rivera, en general, tienen un estilo más sobrio y analítico que los de Ramos. El autor evita las afirmaciones demasiado estridentes y, sobre todo, se preocupa por respaldarse en los postulados *marxistas*, tal como éstos eran entendidos por el grupo Frente Obrero. Especialmente en los *Cuadernos*, se sostiene de manera recurrente la necesidad de un *análisis marxista de la historia*, en contraposición con la *falta de marxismo* o *antimarxismo* atribuido a Ramos (Rivera, 1955b:18). Basado en este paradigma, el análisis remite permanentemente a una de las “leyes” indiscutidas del marxismo de aquellos años: la de “*correspondencia necesaria*” entre el desarrollo de las fuerzas productivas, la estructura económica (relaciones sociales de producción) y la superestructura jurídica, política e ideológica de una formación social determinada. Esta idea, expresada sintéticamente en el célebre prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1980:5), había sido elevada a la categoría de dogma por las distintas vertientes del marxismo hasta bien entrado el siglo XX, y las corrientes trotskistas no eran la excepción.

En base a ese principio, Rivera sostiene que la ideología liberal y las prácticas democráticas corresponden a un determinado estadio del desarrollo capitalista, claramente no alcanzado en el Virreinato del Río de la Plata. Dado que la Revolución de Mayo había sido una expresión local de un único proceso revolucionario hispanoamericano desencadenado con la invasión napoleónica a la península, cuando ese proceso fue derrotado en el centro (España), su réplica en el Río de la Plata quedó aislada, generándose una contradicción entre su avanzado programa liberal-democrático y sus bases materiales precapitalistas. En síntesis, Mayo habría sido una “*revolución burguesa sin burguesía*”:

“En la América hispana, la revolución democrática iniciada por las Juntas se encontró, casi inmediatamente, enfrentada con la contradicción entre una base material insuficiente para la ideología y la política adscriptas a una etapa mucho más avanzada del desarrollo histórico”(Rivera, 2007:20) (...) “una revolución burguesa sin burguesía, pero con elementos liberales en la clase media de las ciudades –abogados, militares-, choca con nuestra estructura económico-social insuficiente.” (Rivera, 1955b: 17)

En consecuencia, los objetivos revolucionarios se desvirtúan por esa insuficiente base material: el ideario liberal-democrático de Mayo degenera así en liberalismo oligárquico -y luego en dictadura rosista- en Buenos Aires y en *democracia popular* en el Interior.

“el principio de la soberanía del pueblo (...) se convirtió en un obstáculo para el dominio de la clase librecambista (...), pues la mayoría de la población estaba contra ese sistema ruinoso. (...) ‘la oligarquía bonaerense’ [debió] luchar posteriormente contra ese ideario (...) que recogieron los caudillos del

interior, en la forma desconexa en que podían hacerlo, dada la insuficiencia de base material (tuvieron que apoyarse en las masas rurales que representaban la democracia popular, pero no liberal burguesa).” (Rivera, 1955a: 12). “nuestro liberalismo quedó constreñido a la base material que le proporcionaba la oligarquía porteña y se hizo antinacional, librecambista, portuario, por una parte, o se desdibujó en el interior, donde las necesidades de la guerra civil obligaron a los liberales antioligárquicos a ceder el comando a los caudillos que llevaban tras sí el impulso de las masas rurales.” (Rivera, 1955a: 15)

En principio, entonces, los caudillos y la montonera entran en la revolución como la expresión democrática “posible”, en el marco de una sociedad que no había desarrollado sus fuerzas productivas al nivel “necesario” para sostener una democracia burguesa “normal”. Se les reconoce así una participación en el proceso revolucionario que Ramos les había negado.

“...ejercitando precisamente la soberanía del pueblo proclamada por la Revolución (...), tenemos ahora gobernadores surgidos por elección popular, legislaturas y diputados para los sucesivos congresos constituyentes. Ramos omite por completo (...) la extensión nacional que tuvo la revolución. Y los pueblos de las provincias [combaten] al despotismo unitario. Y el sentido esencial del federalismo, a pesar de todas las contradicciones impuestas por el atraso económico y social, reside justamente en que intenta reivindicar plenamente el ideario de Mayo frente a su desvirtuación unitaria. (Rivera, 1955a: 26)

Esto no quita que Rivera comparta también el argumento de Ramos, en el sentido de atribuir el alzamiento de las masas del interior a la defensa de las industrias regionales, con el agregado de presentar ese levantamiento como una reacción “desesperada”, “obligada”, “improvisada” frente a la avasallante política librecambista del unitarismo porteño.

“El comercio libre, implantado por el gobierno de Buenos Aires, provocó la desaparición (...) de las industrias del interior; (...) la movilización del ejército de línea por los unitarios (...) para someter a las soberanías provinciales (...) obligó a la resistencia armada, debiendo improvisarse el paisanaje en ejército irregular (...); la provincia de Buenos Aires se había adueñado de la renta aduanera del puerto único, arrebatando así la riqueza y el crédito nacionales, a la abrumadora mayoría del pueblo argentino. Todo esto engendró ruinas, miserias (...) e introdujo el desquicio; fue lo que llevó a esa ‘barbarie’ que mentaba Sarmiento, ‘barbarie’ cuya causa motora residía en la civilizada Buenos Aires (Rivera, 1954: 31).

Este argumento, que daremos en llamar “exculpación de la barbarie”, será analizado en profundidad más adelante. Por ahora consignemos que en esencia, el razonamiento, y en particular el énfasis puesto en el puerto y la aduana de Buenos Aires como *llave de la política nacional* (Rivera, 2007: 22), son tributarios de las lúcidas elaboraciones de Alberdi en su exilio europeo. Éste había postulado que Buenos Aires, liberada de la dominación española, había mantenido sus privilegios de capital virreinal en detrimento de las provincias interiores, haciendo las veces de una nueva “metrópoli” que, a través de su monopolio sobre la aduana y el puerto único, usufructuaba con exclusividad las rentas de todo el país. Ese rol expoliador de la *Provincia-Metrópoli* sobre las demás (ejercido sin distinción por el unitarismo, el rosismo y el mitrismo) es lo que para Rivera determina, en última instancia, el levantamiento del interior.

Pero las formas que éste adopta, es decir, la montonera y el caudillaje, son puramente reactivas ante la acción porteña y carecen de todo sentido *progresivo*:

“El liberalismo del interior, privado de sus bases materiales (...) se encontró entre dos fuegos: por un lado, el caudillaje de frac, bonaerense, por el otro, la montonera; los ejércitos lanzados sobre las provincias hicieron surgir y dieron primacía a los hombres capaces de dirigir la resistencia armada al unitarismo, los caudillos, que llevaron a las masas rurales pauperizadas a la arena de la lucha. Apartadas del trabajo productivo, debiendo vivir de lo que encontraban entre dos combates, introdujeron el elemento de hostilidad social hacia los elementos liberales más o menos acomodados de las ciudades, que se tradujo en el saqueo y el despojo (...). Esta guerra de clases entre la plebe y la gente principal (...) resulta de la descomposición de todo un régimen económico social y carece de contenido progresivo. Es un resultado directo de la política unitaria.” (Rivera, 2007: 31)

Prosigamos con el relato de Rivera. Aunque se muestre extremadamente crítico de Rosas, el autor reconoce que éste gozó de un amplio apoyo de las masas de la ciudad y la campaña bonaerense, que defendieron su régimen como alternativa al unitarismo que amenazaba erradicar su modo de vida tradicional. Ese apoyo popular es atribuido a que Rosas...

“...desarrollaba una política antiliberal, basada en conservar las formas económico-sociales heredadas de la Colonia. (...) tenía la adhesión del gauchaje, clase precapitalista y, por tanto, inaccesible a las consignas de la democracia burguesa.” (Rivera, 2007: 68)

Conociendo la matriz de análisis de Rivera, podemos inferir que un régimen basado en formas económicas y fuerzas sociales tan claramente *regresivas* no puede estar llamado a sobrevivir. En efecto, la caída de Rosas no tardará en producirse, a pesar de su popularidad, pues responde a una *necesidad histórica*:

“aunque [Rosas] aún contaba con el apoyo de la masa popular, que veía aproximarse, tras Urquiza, a la marea unitaria rediviva, comprendió que no debía apelar a él, pues ello significaba ponerse en contra de la misma oligarquía y atacar sus bases. (...) En el momento crítico, aquel ‘caudillo’ abandonó a los gauchos a su propia suerte. Las masas populares (...) quedaron así sin expresión política. (...) la rebelión de Urquiza (...) responde a una necesidad histórica tan ineluctable como progresiva. Si la oligarquía, para derribar un régimen ya anacrónico, apela al caudillo de Entre Ríos, éste se moviliza, también, en función de los intereses del Litoral, contrarios a la dictadura portuaria y da intervención, asimismo, al interior mediterráneo, proteccionista y nacionalista en su entraña” (Rivera, 2007: 45-46).

De este modo, a pesar de haber derrocado al dictador “popular” bonaerense con apoyo de los unitarios, Urquiza representa a una coalición de intereses tan diversos que termina enfrentándose a aquéllos y colocándose al frente de las fuerzas nacionales cuando Buenos Aires se separa de las provincias. En este contexto, las masas –incluidas las bonaerenses– apoyan a la Confederación, en oposición a la oligarquía que encaraba su ofensiva final contra el gaucho:

“la causa nacional, encarnada por la Confederación (...), ha de encontrar apoyo, por primera vez (...) en la masa popular de la Provincia de Buenos Aires. La oligarquía enfrenta ahora, decididamente, a las masas populares; la persecución del gauchaje se inicia, hasta su destrucción. (...) carente de sentido nacional, con su aparato unitario que sólo ve el extranjero, tiene odio rabioso y xenófobo hacia el criollo. En vez de procurar que la transformación se realice sobre bases nacionales busca, ante todo, liquidarlas.” (Rivera, 2007:47)

Estos giros argumentales dejan a las masas en un rol ciertamente subordinado a las cambiantes alianzas entre las fracciones de la élite. Son evocadas como apoyatura y elemento de legitimación del proyecto nacional. Se les atribuye incluso una marcada ductilidad para intuir la traición de un caudillo o reposicionarse apoyando a otro a quien antes vieran como una amenaza, frente a la existencia de una amenaza mayor. Pero es difícil hallar en estas páginas algún grado de protagonismo popular que pueda incidir en la dinámica de los acontecimientos.

El relato prosigue con la política de persecución al gaucho, que llega a su apogeo cuando la oligarquía porteña toma el poder nacional con Mitre. En ese contexto se produce la destacada intervención de Hernández como vocero de la causa nacional y denunciante del mitrismo, tanto de sus campañas militares contra los caudillos del interior -que incluyen el asesinato del Chacho por el “*bárbaro Sarmiento*” (:59)-, como de la Guerra del Paraguay. A partir de aquí, el lejano eco de las masas sólo se escuchará a través de la pluma del creador de *Martín Fierro*.

Lamentablemente, aquí se detiene el recorrido de Rivera. Sólo una breve alusión permite conocer su caracterización del roquismo (también apoyado por Hernández) como nueva expresión de un nacionalismo democrático con base en el interior, que consigue la “*legítima restitución al pueblo argentino de su capital nacional indebidamente retenida por una sola provincia*” (2007: 54), pero nada podemos inferir del rol atribuido a las *masas populares* en esa coyuntura. Este recorte temporal limita parcialmente nuestro ejercicio comparativo con las obras de Ramos, aunque no impide tener un panorama de las concepciones generales del autor.

Retomando otro de los ejes de este análisis, debemos dejar sentado que Rivera tampoco demuestra interés por el componente étnico de las *masas populares* que intervienen en los conflictos argentinos. En el último fragmento citado, alude difusamente a un “*odio xenófobo*” hacia el criollo por parte de la oligarquía, pero esa única afirmación queda inexplicada. De igual manera, al comienzo se afirma que la Revolución de Mayo “*aconteció toda entre españoles peninsulares y españoles nativos, trascendiendo luego a mestizos e indígenas*” (Rivera, 2007: 19), pero estos últimos no vuelven a aparecer en el relato, que no ofrece tampoco ninguna pista respecto de que su presencia pueda estar supuesta en los conceptos de “*masas populares*”, “*masas rurales*”, “*gauchaje*”, etc. Nuevamente, la cuestión étnica, respecto de las *masas* que sostienen el proyecto nacional, aparece como un punto ciego de la argumentación. Esto probablemente pueda ser atribuido al concepto de nación con el que opera el autor, donde otra vez encontramos la huella de un marxismo fuertemente imbuido de evolucionismo:

“La unidad nacional tiene su fundamento superestructural más importante en el idioma, que crea lazos indestructibles entre los hombres que habitan un solo territorio, mas exige, para concretarse, el predominio cada vez más acentuado del capitalismo como modo de producción en el seno de la comunidad idiomática; solo la destrucción de todos los órdenes anteriores de la economía –caracterizados por su tendencia aisladora y particularista- o su subordinación al proceso de expansión capitalista echa los cimientos de la nación.” (Rivera, 2007: 20-21)

Si no conociésemos la postura de Rivera, esta cita bien podría ser atribuida a uno de los tantos historiadores marxistas que consideraban a los gauchos, los caudillos y las montoneras como la expresión más palmaria de esas “*tendencias aisladoras y particularistas*”, o a las industrias artesanales del interior como un “*orden anterior de la economía*” cuya destrucción “*echa los cimientos de la nación*”; historiadores contra los que la IN descargará sus más duras -y justificadas- críticas. Lo que podemos ver aquí es que son los términos de la dicotomía (cuáles elementos son *progresivos* y merecen desarrollarse y cuáles son *regresivos* y merecen perecer) lo que es puesto en cuestión, no la matriz teórica subyacente. Volveremos sobre ello.

Ese fuerte sesgo evolucionista, al igual que en Ramos, queda claramente expuesto en el tratamiento de los pueblos aborígenes situados fuera del territorio nacional. A propósito de la “*guerra incesante contra el indio*”, Rivera pinta un elocuente cuadro que asimila a la campaña bonaerense en tiempos de Rosas con la España feudal:

“la guerra de la reconquista, que en España galvanizó a los antiguos godos, tenía en la provincia la forma de la guerra incesante contra el indio. El patrón de la estancia no era sólo un hacendado, sino un feje militar y el casco de la estancia, el ‘castillo’ para la defensa, con fosos y puentes como en la vieja Europa. El orden que representaba el estanciero no era solo el orden de ‘su’ propiedad, sino también el de la defensa de la sociedad en la que el gaucho vivía; debe notarse que los indios invasores del sur no eran autóctonos, despojados de sus tierras, sino que provenían de la Patagonia y del sur de Chile (...). El reinado del gaucho libre, pastoreando ganado cimarrón, era cosa del pasado frente al malón indígena y así la estancia fue expresión, no solo del propietario, sino también foco natural donde se centralizaba la defensa y centro de la agrupación social.” (Rivera, 2007: 37)

El indio aparece entonces como un *otro* en el aspecto cultural, territorial, civilizatorio e, incluso, como extranjero en términos de los Estados-Nación modernos, en tanto proveniente de Chile. Un *otro* absoluto, hasta el punto de obrar como factor de cohesión de la sociedad bonaerense, en base a una solidaridad entre el patrón de estancia y el gaucho frente al peligro del malón, responsable a su vez -antes que el estanciero- del fin del “*reinado del gaucho libre*”

Entre la edición de las obras de Rivera y la última de la serie que analizamos, transcurren dos años de profunda conmoción. El derrocamiento del peronismo implicó el proyecto de erradicar mediante la represión abierta una experiencia de profundo arraigo popular, bajo el argumento de considerarla como una aberración ajena a la historia argentina que, como una pesadilla, debía ser condenada al olvido. Otra visión, también emanada de las filas

antiperonistas, prefirió identificarlo como una “segunda tiranía” heredera del rosismo. Por el lado del peronismo y sus grupos afines, lo vertiginoso de la crisis y su sangriento desenlace impuso la necesidad de un balance que trascendiera incluso la propia experiencia y la inscribiera en una narrativa de más larga duración, en oposición a las dos variantes del discurso oficial. En ese contexto hizo su aparición *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*.

Como ya hemos adelantado, *Revolución y Contrarrevolución* hace las veces de “síntesis” de las obras previas, en el sentido de formalizar las genealogías de “héroes y antihéroes” que la IN adoptará en adelante. Pero además, fundamentalmente, aporta el argumento que le da unidad y consistencia a esta narrativa histórica: el del protagonismo de las *masas populares* como fundamento de la nación y baluarte en la lucha por su realización. Ese elemento está anunciado en su subtítulo: *Las masas en nuestra historia*. Allí cobra consistencia y carácter manifiesto la idea de una continuidad esencial en este sujeto histórico, desde la Revolución de Mayo hasta el 17 de Octubre, como se afirma explícitamente en su prólogo:

“Las corrientes políticas de hoy no son sino prolongaciones renovadas de grandes fuerzas que arrancan desde nuestros orígenes”. “(...) alrededor de 1940 y en los años turbulentos que siguieron, observóse en Buenos Aires, ciudad cosmopolita como todos los grandes puertos, la afluencia de un tipo humano nuevo, antes desconocido, extranjero, en suma. El despecho faccioso designará más tarde como ‘cabecitas negras’ (...) a esa multitud que llegaba a la ciudad imperial y se quedaba para siempre. Esta segunda argentinización de Buenos Aires cobró estado público en las grandes huelgas generales de 1945. ¿De dónde venían esos hombres y mujeres?, parecía preguntarse el ciudadano orgulloso de su tipo europeo, que (...) se consideraba dueño del país. En sucesivas oleadas los argentinos del interior habían llegado a la capital en 1820, con los montoneros de López y Ramírez; en 1859 acamparon en San José de Flores con las legiones urquicistas; encuadrados en el ejército de provincianos dirigidos por Roca, impusieron en 1880 la nacionalización de Buenos Aires; en 1916 Yrigoyen inundaba de plebeyos la Administración Pública; en 1945 el viejo montonero, transformado luego en peón y ya obrero industrial, salía a la calle para fijar un nuevo rumbo al destino de los argentinos. En el inconsciente colectivo de nuestro pueblo (...) esa irrupción política se sentía como el corolario moderno de una lucha revolucionaria secular.” (Ramos, 1957: 7, 10)

Varios tópicos se condensan en este extracto. En primer lugar, la delimitación de rigor entre el Interior y Buenos Aires. La referencia a esta última como un cuerpo casi extraño a la Argentina (de ahí la “*argentinización de Buenos Aires*”) se refuerza con la contraposición entre “*los argentinos del interior*” y “*el ciudadano [porteño] orgulloso de su tipo europeo*”. Aquí encontramos una clave de análisis ausente en los textos anteriores: al factor geográfico, que a primera vista podría no expresar más que los consabidos intereses económicos contrapuestos, se suma fuertemente el elemento étnico y cultural: la Argentina “europea”, portuaria, cosmopolita, frente a la Argentina profunda, criolla, del interior. Aunque la elocuente figura de las “*Dos Argentinas*”, nacida en los años 30 y muy presente en las querellas intelectuales

durante el primer peronismo (v. Altamirano, 2011) no esté explícita en la obra, su espíritu se deja ver por todas partes. Y con toda claridad, es en una de esas Argentinas donde reside la auténtica tradición nacional. Con esa lente analiza Ramos la mirada desde el puerto hacia el interior:

“Es fácil presumir el odio profundo que debían suscitar en la culta ciudad las tentativas de los caudillos interiores tendientes a organizar la Nación. (...) se escribió una literatura ultrajante destinada a presentar a los hombres del Interior como la encarnación de la barbarie, y a los bolicheros, importadores, apacentadores de vacas y picapleitos porteños como la manifestación más eminente del progreso y las luces. La mirada desdeñosa que aquella Buenos Aires dirigió siempre hacia el interior, en todas las épocas (hasta nuestros días), era la mirada del “blanquito” europeizante frente al pobre “negrito” perdido en su rincón provinciano. Chusmaje, montoneros, gauchos malos, matreros, roquistas, peludistas, peronistas son categorías que se insertan en una constante política de la vida argentina.” (Ramos, 1957: 41-42).

La mirada transhistórica, omnicomprensiva del devenir argentino, habilita la traspolación de motes contemporáneos como “*negrito*” y “*blanquito*” a los actores políticos y sociales del siglo XIX. Pero más interesante es el hecho de que algunos de los términos peyorativos utilizados por la desdeñosa Buenos Aires, como *gauchos* y *montoneros*, son los mismos que Ramos usará con un sentido opuesto. Como en otros casos más renombrados -desde el *Sans culotte* de la Revolución Francesa hasta el propio *Descamisado* peronista-, el mote infamante del enemigo busca ser apropiado y dotado de una carga reivindicativa (Grimson, 2016). Esos gauchos y montoneros, esas masas criollas que constituyen la verdadera esencia de la nación, se expresarán a través de los líderes y caudillos referidos en el apartado anterior.

“...los caudillos y las masas por ellos encarnadas, impusieron su vigorosa fisonomía a nuestro drama nacional. La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia [1810-1880]. (...) lo que hoy constituye la República Argentina fue el escenario de un duelo sangriento. (...) Los héroes de esta gesta han sido lapidados por los historiadores de la oligarquía triunfante.” (Ramos, 1957: 39)

No deja de ser significativa la figura utilizada: los caudillos no sólo lideran, dirigen, expresan a las masas, sino que las *encarnan*, lo que da una imagen de unidad orgánica, sin fisuras ni disonancias.¹ Sumado a esto, su legitimidad histórica emana también de su destreza militar y su pasado como guerreros de la independencia:

“Los caudillos, expresión política de las masas de la campaña, se transformaron en generales. Y los antiguos guerreros de la Independencia, de regreso a la tierra natal, se convirtieron en caudillos de sus provincias respectivas.” (Ramos, 1957: 53)

Este argumento se eslabonará a lo largo de toda la obra. Así como el general independentista se transforma en caudillo y éste en gobernador federal, una vez derrotado el viejo federalismo, sus restos se reconstituirán para dar lugar al Partido Autonomista Nacional bajo el liderazgo de Roca (:210, 221). Cuando la oligarquía perversa al PAN, sus bases y cuadros

¹ Incluso, cuando alguno de esos caudillos los traicione, como sucede con Urquiza luego de Pavón, las masas pronto encontrarán en quien *encarnar* nuevamente: en ese caso, Ricardo López Jordán (Ramos, 1957:185)

intermedios migrarán al yrigoyenismo (:280, 305) y luego al peronismo cuando la UCR quede en manos alvearistas. Este recurso argumental es el que da unidad al relato: el proyecto nacional *encarna* en las masas y éstas en sucesivos líderes y caudillos. Si éstos defecionan o son vencidos por la oligarquía, el torrente popular, como un río subterráneo, encuentra un nuevo cauce, una nueva expresión política en la cual expresarse (:387). De ahí que los *guerreros* de la independencia, los *gauchos* de Güemes o Artigas, los *montoneros* de Facundo y el Chacho, los *chinos* de Roca, la *chusma* yrigoyenista y los *descamisados* peronistas puedan ser considerados, sin dificultad, como un mismo sujeto histórico.

Algunas de las citas remiten además al tópico de la “historia falsificada”, caro a todas las vertientes revisionistas. Al igual que en las obras anteriores, la crítica a la “Historia Oficial” está en buena medida centrada en la impugnación de la célebre dicotomía entre *Civilización* y *Barbarie*. En principio, Ramos postula que la misma constituye una “falsa antítesis”:

“...la oligarquía escribió nuestra novela histórica en los textos semisagrados que nuestros jóvenes aún creen (...). A ella sirvió el famoso manifiesto titulado ‘Facundo’, que Sarmiento subtítulo con una antítesis tan falsa como su libro: ‘Civilización o Barbarie’” (:40)

Empero, una mirada más atenta revela que esa antítesis, en sí misma, permanece incólume. En principio, simplemente se invierten sus términos, atribuyendo la barbarie a los supuestos civilizados, es decir, a Buenos Aires. Ramos no pretende originalidad en este argumento: al igual que en las obras previas, cita la denuncia de José Hernández al propio autor de aquella dicotomía, el “*bárbaro Sarmiento*”, en ocasión de la brutal ejecución del Chacho Peñaloza (:171). Luego trae a colación el vibrante manifiesto de Felipe Varela en oposición a la Guerra del Paraguay, un “*bárbaro capricho*” del “*caudillo Mitre*” (:190-91).

Como anticipáramos en referencia a la obra de Rivera, el otro uso de la antinomia sarmientina, que a nuestro juicio la contradice sin cuestionarla en sus fundamentos, es el que podríamos denominar “exculpación de la barbarie” del interior provinciano. Afirma Ramos:

“Mientras Buenos Aires se perfumaba y bailaba el minué (...), el interior era reducido a la desesperación; diezmado por las guerras de independencia, arruinadas por la invasión de mercaderías británicas y usurpadas sus rentas por la orgullosa metrópoli, las provincias se replegaron. Surgieron entonces jefes armados al mando de tropas irregulares que defendieron como pudieron ‘las autonomías’. Los caudillos aparecieron cuando Moreno había dejado de existir y con él una política genuinamente nacional. Así nació el ‘federalismo’, resultado del despojo de la riqueza argentina por una sola provincia” (: 33).

Desde ya, aquella crítica de Alberdi no carecía de fundamento. Pero en el afán de denunciar la expoliación de las riquezas nacionales por la *Provincia-Metrópoli*, Rivera y ahora Ramos reducen el papel de las provincias a la mera “reacción” ante la acción de Buenos Aires.

Así, los caudillos, la montonera y sus banderas federales pierden agencia y relieve, al ser vistas sólo como consecuencia de la ruina causada por el librecambio y único medio –“*desesperado*”- de responder a la prepotencia porteña. Surgen, de alguna manera, por defecto –“*cuando había dejado de existir una política genuinamente nacional*”. Su barbarie, en última instancia, no es puesta en discusión, sino más bien justificada. Con el mismo argumento, Ramos explica, paradójicamente, la entrada en escena del “*héroe central de la historia argentina*”: el gaucho.

“El triunfo del librecambismo y la orientación oligárquica después de la caída de Moreno señala la aparición histórica del gauchaje en nuestra vida política. Este hombre clásico de nuestras llanuras será el héroe central de la historia argentina” (Ramos, 1957: 34).

En último análisis, lo que permanece incuestionado es, nuevamente, aquel paradigma evolucionista al cual hicieramos referencia. Es cierto que las tesis de la IN marcaron una clara ruptura (muy saludable a nuestro juicio) con las visiones que desde la izquierda reivindicaban la “progresividad histórica” de la inserción argentina en la economía capitalista mundial, celebrando la extinción de la *arcaica* industria artesanal, la derrota del caudillaje *feudal* y la asimilación de las *razas autóctonas* por la inmigración europea (Justo, 1898; Ponce, 1947). Pero en algún punto, aun desde una perspectiva opuesta, también ellas siguen atadas a aquel viejo paradigma. En efecto, la crítica de la IN parece orientada a determinar cuál era la vía más adecuada para arribar a la “*civilización*”: era el proteccionismo en lugar del librecambio; el desarrollo endógeno de la industria artesanal del interior en lugar de la exportación de materias primas y la inversión de capital extranjero; y ahora, la preeminencia de la población *criolla* sobre la inmigración europea. Desde esta óptica, el proyecto antinacional impuesto por Buenos Aires es condenado por ser la contracara de la *civilización* que pregona: *es bárbaro* por sus métodos y *produce barbarie* en el interior sometido. Barbarie que, insistimos, no es negada ni mucho menos reivindicada, sino “exculpada”. Es a la falsedad de la promesa *civilizatoria* del liberalismo elitista porteño, y no a la promesa en sí, adonde apunta el cuestionamiento.

Esa denuncia, fuertemente revulsiva en la pluma de Alberdi, Hernández o Varela, reconoce claros límites para revisar la historia argentina un siglo después, sobre todo si se busca poner a las *masas populares* en el centro de la escena. Esas limitaciones quedan de manifiesto, una vez más, en las referencias a los pueblos originarios, donde no vemos ninguna ruptura en la concepción de Ramos respecto de su obra del '49 o de la producción de Rivera:

“Los estancieros vivían bajo el constante temor del malón (...) La provincia misma carecía de límites precisos. En sus confines, a una noche de golpe, se movía la indiada. El malón (...) marcaba con su rastro de incendio las ciudades ‘de frontera’. La naciente oligarquía veía en la eliminación del indio la condición

primera de su consolidación económica definitiva. (...) Se trataba de llevar la ‘civilización’ contra el indio, sin buscar incorporarlo a su seno. Ello no obstaba para que los partidos políticos argentinos se apoyaran, alternativamente, en algunos caciques amigos como fuerzas de choque de nuestras disputas civiles. Todos –porteños y provincianos- se acusaron recíprocamente de utilizar la lanza bárbara para fortalecerse en las batallas. Lo cierto es que ninguno intentó ofrecer al indio un nivel superior de vida, asimilándolo a la sociedad argentina.” (Ramos, 1957: 219)²

Como veremos a continuación, Ramos reconocerá la “*sangre indígena*” como un aporte importante al *tipo étnico nacional*, pero esa reivindicación es en buena medida retórica, como en la mayoría de los paradigmas *indigenistas* latinoamericanos que, desde comienzos del siglo XX, buscaban reinventar las identidades nacionales centrándose en la idea de mestizaje. Desde las elaboraciones surgidas de la Revolución Mexicana hasta la Revolución Nacionalista boliviana de 1952, pasando por el aprismo peruano, esas apelaciones *indigenistas* buscaban fundir el elemento originario, antes negado o despreciado, en una nueva “síntesis”, en la cual el horizonte seguía estando, no obstante, determinado por el paradigma de la *modernización* del Estado y las sociedades latinoamericanas. Lo indígena obraba como una herencia racial y cultural que, combinada con el elemento europeo, se integraba a una nación que seguía pensándose homogénea (García Linera, 2008; Haya de la Torre, 1954; Kourí, 2010). En fin, el destino de la “sangre indígena” seguía siendo el de unirse –y diluirse- en el torrente de la civilización. En esos términos, nuestros autores lamentan que el indio no hubiera sido “*incorporado a la civilización*” (Rivera) o “*asimilado hacia formas superiores de vida*” (Ramos). Es ese trasfondo teórico el que, en la nueva obra de Ramos, compatibiliza esa mirada evolucionista respecto de los pueblos indígenas de la Patagonia con un desarrollo mucho más elaborado respecto del mestizaje. Así describe ahora el autor al componente étnico de la masa criolla:

“Por extensión, gaucho será desde las guerras civiles todo nuestro criollaje, esa aleación racial formada por el vástago del español y de indio, cuando no de indio puro, que constituirá el tipo étnico fundamental del país, antes de complementarse con la irrigación sanguínea de la vieja Europa.” (Ramos, 1957: 34)

Por empezar, hemos aquí una visión de la Argentina muy alejada de la idea del “crisol de razas”, la cual, como sabemos, excluye a la población indígena y negra, que se supone extinta o absorbida por el aluvión inmigratorio (Quijada, 2000; Garguin, 2009). El *tipo étnico fundamental del país*, para Ramos, es el del gaucho-criollo, términos que, como remarca el autor, resultan indistintos. Éste se compone de la aleación entre el elemento hispano heredado

² Este tratamiento respecto del “*problema del indio*” hace casi innecesario aclarar que Ramos no ve contradicción alguna en la reivindicación de Roca como líder nacional-democrático, expresión renovada del federalismo del interior y *encarnación* de las masas populares. El joven general, luego de innumerables soluciones fallidas, simplemente “*propone el plan que en definitiva habrá de triunfar y que consistía en llevar una operación ofensiva destinada a arrojar a los indios más allá del Río Negro*” (Ramos, 1957: 220)

de la colonia y el indio -el cual se contempla, incluso, pueda ser preponderante en algún caso. Pero la alquimia aún no estaría completa sin una profunda compenetración con el entorno geográfico:

“El sol y la lluvia, los animales cerriles y la holganza, el paisaje tremendo, la astucia derivada del conflicto con la naturaleza (...), la soledad, la fuerza y la destreza física que todo el medio le imponía hicieron del gaucho un admirable ejemplar humano. Conoció al caballo, libre como él, y lo hizo su lugarteniente y su camarada, su torre de vigía, su carro de combate. Inventó sus armas, heredó otras del indio salvaje y se acopló a la naturaleza hostil hasta dominarla con una sabiduría que a los civilizados pareció milagrosa.” (Ramos, 1957: 34).

Las reminiscencias románticas de este cuadro se refuerzan, en el caso riojano, con una reivindicación de las labores *primitivas* y de la profunda religiosidad de las masas y sus caudillos, aspectos que son contrastados con la imagen de una urbe avasallante y corruptora:

“Era la Rioja de Facundo y El Chacho un territorio poblado de gentes frugales, laboriosas y duras. Bajo un cielo virgen apacentaban majadas de chivos o cultivaban su pedazo de tierra, cuyos propietarios tradicionales remontaban sus derechos al origen de la Conquista. Las mujeres manejaban el telar primitivo; el criollo más humilde llevaba un sonoro apellido castellano, oscuro vástago de un soldado de casco y coraza. En el paisaje penetrado de grandeza ha señalado [Vicente Fidel] López un parentesco singular con el medio físico de la narración bíblica (...). La versación de Facundo en las Sagradas Escrituras confirma la observación del historiador; la fe católica (...) constituiría su escudo frente a la híbrida Buenos Aires, con sus gringos escépticos, su prepotencia, su codicia mercantil” (: 169).

Es que no sólo el gauchaje reconoce aquel origen mestizo que lo enaltece frente a la Argentina “europea” enclavada en Buenos Aires. También algunos de los caudillos que *encarnan* a esas masas criollas reúnen en su propia sangre la gallardía del conquistador español y la bravura de los pueblos indígenas. Tal es el caso de Pancho Ramírez:

“El Gral. Francisco Ramírez (...) era descendiente del Marqués de Salina, Don Juan Ramírez de Velazco, conquistador y fundador de ciudades (...). ‘Cabalgador mancebo’, con la sangre guaraní dibujándole el rostro anguloso y viril, montado con gracia nativa en un alazán hermosamente puesto” (Ramos, 1957:53).

En la semblanza del Chacho Peñaloza, la omisión de sus marcas genealógicas o fenotípicas es lo de menos frente a su condición de “heredero” de Facundo y una descripción de su figura que lo hace indistinguible de las huestes gauchas que lidera y representa:

“En la tierra de Quiroga, esencia misma del tipo argentino más puro, quedaba un antiguo soldado suyo, formado en el fuego de nuestras luchas civiles (...). Era Angel Vicente Peñaloza, que ostentaba el grado de General de la Nación, porque en la génesis heroica de nuestro ejército encontrábase el guerrero gaucho, de melena sujeta por una vincha, armado de lanza y fundido al caballo infatigable como un centauro rústico” (Ramos, 1957: 169).

La reivindicación de la raíz *criolla* de la Argentina en oposición a la hibridez de la *Salónica descaracterizada* [Lugones] que crece a orillas del Plata será, a partir de *Revolución y Contrarrevolución*, una nota distintiva de la concepción historiográfica de la IN. Para Ramos, ese componente gaucho-criollo, mestizo, forjado en las pampas, la campaña del litoral y

–preferentemente- el interior mediterráneo, es el que tenderá a incorporar posteriormente al elemento europeo aportado por la inmigración, al revés de lo supuesto en el paradigma del “crisol de razas”. Esto se ve claramente planteado en la única expresión del movimiento nacional en que se reconoce a los inmigrantes (en rigor, y no casualmente, a sus hijos) un lugar de importancia: el yrigoyenismo.

“... los hijos de los inmigrantes habían echado raíces en la Argentina. (...) estaban orgullosos de su país: muchos de ellos se sentían más argentinos quizás que el propio patriarcado gobernante, aliado ya definitivamente al imperialismo. Por eso exigían participar en la vida política nacional. El radicalismo de Yrigoyen abrazó este gigantesco sector del pueblo y lo fundió naturalmente con todos los elementos nacionales heredados del roquismo, radicados en las provincias mediterráneas. (Ramos, 1957: 306)

También en este caso, el líder *refleja* directamente a las masas que lo sostienen:

“En la persona del caudillo se reflejará la naturaleza histórica de su movimiento. Hipólito Yrigoyen es hijo de un vasco y de una argentina, a diferencia de Roca, argentino por ambas ramas; se funden en él el criollaje fundador y el aluvión inmigratorio” (Ramos, 1957: 306).

Esta incipiente síntesis entre la Argentina criolla y la “descendiente de los barcos”, no obstante, es sólo aparente. Está lejos de anular el conflicto nodal que ya lleva más de un siglo. Cuando el proyecto yrigoyenista muestre sus limitaciones, la oligarquía se reapropiará del control del Estado y Buenos Aires volverá a ser el reducto de la “civilización”, de la intelectualidad extranjerizante de la revista *Sur*, del estudiantado versado en los pormenores del conflicto europeo e indiferente a la política argentina (:345-47). Mientras tanto, en los funerales de Yrigoyen, las masas hacen su último acto de presencia antes de quedar nuevamente huérfanas:

“Esas masas desposeídas, semiproletarias o rurales, dispersas a lo largo de la República, sucesoras del alsinismo clásico o del roquismo provinciano, nunca más serán radicales; (...) quedarán flotando, a la deriva, hasta que los formidables acontecimientos de 1945 las lancen nuevamente hacia nuevos rumbos.” (:357-58)

En efecto, aun en el contexto de la *década infame*, el acelerado proceso de industrialización comenzará a preparar las condiciones para una nueva “argentinización” de Buenos Aires. Entre los nuevos fenómenos que se producen en torno de la Capital, no será uno menor la procedencia geográfica y la composición étnica del nuevo proletariado que se concentra en sus suburbios:

“(…) las nuevas industrias (...) ya no pueden importar mano de obra europea: incorporan a sus fábricas a los criollos de nuestras provincias interiores, que vivían en plena economía natural, mal comían como peones de estancia o mal dormían como jornaleros en las chacras. Estos obreros serían los (...) que la oligarquía despechada y ciega llamaría ‘cabecitas negras’ quince años más tarde.” (:352)

El carácter criollo del nuevo proletariado no sólo es un factor de primer orden para explicar el posterior ascenso del peronismo, sino también la condición de posibilidad de una sutura en aquella herida que desgarró a la Argentina desde sus inicios; de una nueva síntesis entre el interior y Buenos Aires que realizara, de alguna manera, aquella incumplida promesa modernizadora del proyecto “civilizador”.

“El país estaba maduro para emprender el camino de la industrialización y de la modernización de su estructura jurídica y política. La clase obrera ya no era extranjera, como a principios de siglo; los ‘cabecitas negras’ provenientes del interior provinciano rodeaban Buenos Aires: lo mejor del Interior se había unido a la capital histórica de los argentinos. Buenos Aires había dejado de ser la vieja ciudad improductiva, comercial y burocrática del cosmopolitismo especulador.” (: 425-26)

Sin embargo, esta síntesis se revelará nuevamente imposible cuando la política laboral encarada por el coronel Perón incite a la reacción oligárquica y ésta logre movilizar tras de sí los viejos prejuicios de la urbe cosmopolita. Ello desencadenará los sucesos de Octubre, que no representan otra cosa que una nueva irrupción en el centro urbano de la vieja Argentina criolla, ahora establecida en los suburbios y transformada nada menos que en Clase Obrera. Una vez más, el conflicto se presenta como una disputa entre dos Argentinas opuestas e irreconciliables. Una vez más, la dicotomía entre *Civilización y Barbarie*, repudiada pero nunca abandonada del todo por Ramos, sobrevuela el escenario. No casualmente, su evocación del 17 de Octubre contiene, como una parábola, la referencia al episodio más lejano de aquel enfrentamiento secular entre la capital europea y el interior criollo:

“Buenos Aires es ocupada por centenares de miles de trabajadores enfurecidos. Sus consignas son primitivas, pero inequívocas (...); su indumentaria modesta, su actitud provocativa, sus gritos destemplados, causan horror a los espectadores (...) que presencian estupefactos la conquista de Buenos Aires. Algunos en camiseta (...), otros montados en caballos (...), trepados en el techo de tranvías (...), otros con los pantalones arremangados hasta la rodilla (...), lanzando burlas soeces a los caballeros bien vestidos que miraban las manifestaciones en silencio (...), profiriendo ironías gruesas o epítetos agresivos, esa gigantesca concentración obrera inauguraba el 17 de Octubre un nuevo capítulo en la historia argentina. (...) Jamás se había visto cosa igual, excepto cuando los montoneros de López y Ramírez, de bombacha y cuchillo, ataron sus redomones en la Pirámide de Mayo, aquel día memorable del año 20.” (: 414).

En síntesis, haciendo un paralelismo con el propio argumento de Ramos, podríamos afirmar que las *masas populares* –que ahora sabemos, además, mestizas–, como sujeto de la historia y fundamento de la nación, parten desde una posición periférica en los primeros escritos de Ramos y Rivera para ocupar una indiscutida centralidad en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. De algún modo, al cabo de los años y de las sucesivas obras analizadas, las masas irrumpen y “conquistan el centro” en la narrativa histórica de la IN.

Reflexiones finales a modo de conclusión

El historiador más reconocido de la Izquierda Nacional en nuestros días, Norberto Galasso, ha dedicado un gran esfuerzo a rescatar del olvido la labor historiográfica del grupo Frente Obrero, al que define sin dudas como el precursor de esa corriente (Galasso, 1983, 2007, 2010). Actúa así, de alguna manera, como vindicador póstumo de un grupo político-intelectual que, a diferencia de Ramos, no alcanzó en su momento la notoriedad pública que habría merecido. En sus textos se sostiene la hipótesis, mencionada en estas páginas, de que Ramos reformuló casi todos sus postulados historiográficos, recogiendo en su segunda obra (1957) todas las críticas de Enrique Rivera y los suyos a la publicada en primer término (1949).

Esa visión está lejos de carecer de fundamentos. En efecto, como hemos visto, en su obra de 1957 Ramos adopta, sin rendir ningún tributo, las posiciones previas de Rivera en lo referente a la construcción de un nuevo “panteón” de próceres del proyecto nacional. Sus anteriores diatribas contra el liberalismo de Mayo o el roquismo, así como su fuerte reivindicación de Rosas, por citar sólo los ejemplos más notorios, ceden su lugar a posturas opuestas sin mediar explicación.

Sin embargo, no podemos decir lo mismo respecto de un punto que a nuestro juicio es central, ya que constituye el argumento que da unidad y coherencia interna a esta perspectiva historiográfica: el de la centralidad de las *masas populares*, su *encarnación o reflejo* en la figura de los caudillos que las lideran y representan y, sobre todo, la idea de su continuidad esencial, como un mismo sujeto que se recrea constantemente a lo largo de la historia, desde las guerras independentistas hasta el 17 de Octubre. Ese argumento, dotado de una enorme potencialidad política en el contexto de la reacción antiperonista, ya que hacía aparecer como factible y hasta inevitable la promesa de una nueva irrupción popular, surge por primera vez, formulado de manera sistemática y ocupando la centralidad que merece, en *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*. Probablemente, a este factor haya debido ese libro su masiva acogida por el público lector –suerte que no tuvieron las tres obras anteriores.

En un trabajo previo, referente a la interacción entre estos intelectuales de extracción trotskista y otros provenientes del viejo Partido Socialista (Fiebelkorn y Correa, 2018), hemos propuesto alejarnos de la búsqueda de “precursores” de la IN, para pensar este discurso político-historiográfico como una elaboración colectiva, lentamente conformada por años de debates,

intercambios e influencias recíprocas, dadas en un contexto social y político específico. Creemos que el camino recorrido en estas páginas refuerza aquella hipótesis.

Fuentes:

- **Ramos, Jorge A.** (1949). *América Latina: un país. Su historia- su economía- su revolución*. Bs. As. Octubre
----- (1957). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. Las masas en nuestra historia*. Bs.As. Amerindia
- **Rivera, Enrique** (2007[1954]). *José Hernández y la Guerra del Paraguay*. Bs. As. Colihue
----- (1955a). “Una falsificación monstruosa”. *Cuadernos de Indoamérica* N° 2 (mimeo).
----- (1955b). “Rosas y el Rosismo” *Cuadernos de Indoamérica*, N° 3 (mimeo).

Bibliografía:

- **Acha, Omar** (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina, Vol. 1, Las izquierdas en el siglo XX*. Bs. As. Prometeo. Cap. 5., pp. 203-248
- **Adamovsky, E.** (2017) ¿Un “revisionismo popular”? Criollismo y revisionismo histórico en Argentina.
- **Altamirano, Carlos.** *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011. Cap. 2, pp. 35-47.
- **Belloni, A.** (1960). *Del anarquismo al peronismo*. Bs. As. Peña Lillo.
- **Fiebelkorn, A. y Correa, E.** (2018), “Prolegómenos de una nueva corriente historiográfica: los debates sobre la historia argentina y la tradición socialista en el PSRN y su aporte a la formación de la Izquierda Nacional”. *II Jornadas de Historiografía*. Río Cuarto.
- **Galasso, Norberto** (1983). *La izquierda nacional y el FIP*. Bs.As. CEAL
----- (2007), *Apuntes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*. Bs.As. Nuevos Tiempos. T° 1.
----- (2010) *Historia de la Argentina*. 2 tomos. Bs.As. Colihue.
- **García Linera, Álvaro.** (2008) “Narrativa colonial y narrativa comunal. Un acercamiento a la rebelión como reinención de la política” [1998], en *La potencia plebeya*. Buenos Aires, Prometeo.
- **Garguin, E.** (2009). “«Los argentinos descendemos de los barcos». Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960)”, en Visacovsky, S. y Garguin, E. *Moralidades, economías e identidades de clase media*. Buenos Aires. Antropofagia, pp. 61-94
- **Grimson, Alejandro** (2016): “Racialidad, etnicidad y clase en los orígenes del peronismo, Argentina 1945”, Working Paper Series 93, Berlin: desiguALdades.net
- **Haya de la Torre, V.R.** (1954). ¿Adónde va Indoamérica?. Bs. As. Indoamérica
- **Justo, Juan B.** (s/f [1898]). “Teoría científica de la historia y la política argentina”. Buenos Aires. Ed. Acción Socialista.
- **Kourí, Emilio** (2010). “Manuel Gamio y el indigenismo de la Revolución Mexicana” en Altamirano, C. comp. *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. II, Buenos Aires, Katz.
- **Marx, K.** (1980), *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, p. 3-7.
- **Ponce, A.** (1947). “Sarmiento, constructor de la nueva Argentina”, en *Obras Completas*. T° 2. Bs. As. Cartago.
- **Quijada, Mónica** (2001): “Introducción”, en Quijada, M., Bernand, C. y Schneider, A., *Homogeneidad y Nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid. CSIC.
- **Ribadero, Martín** (2017). *Tiempo de profetas. Ideas, debates y labor cultural de la Izquierda Nacional de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes.
- **Trotsky, L.** (1961). *Por los Estados Unidos Socialistas de Latinoamérica*. Bs. As. Coyoacán.